



La vía del tiempo

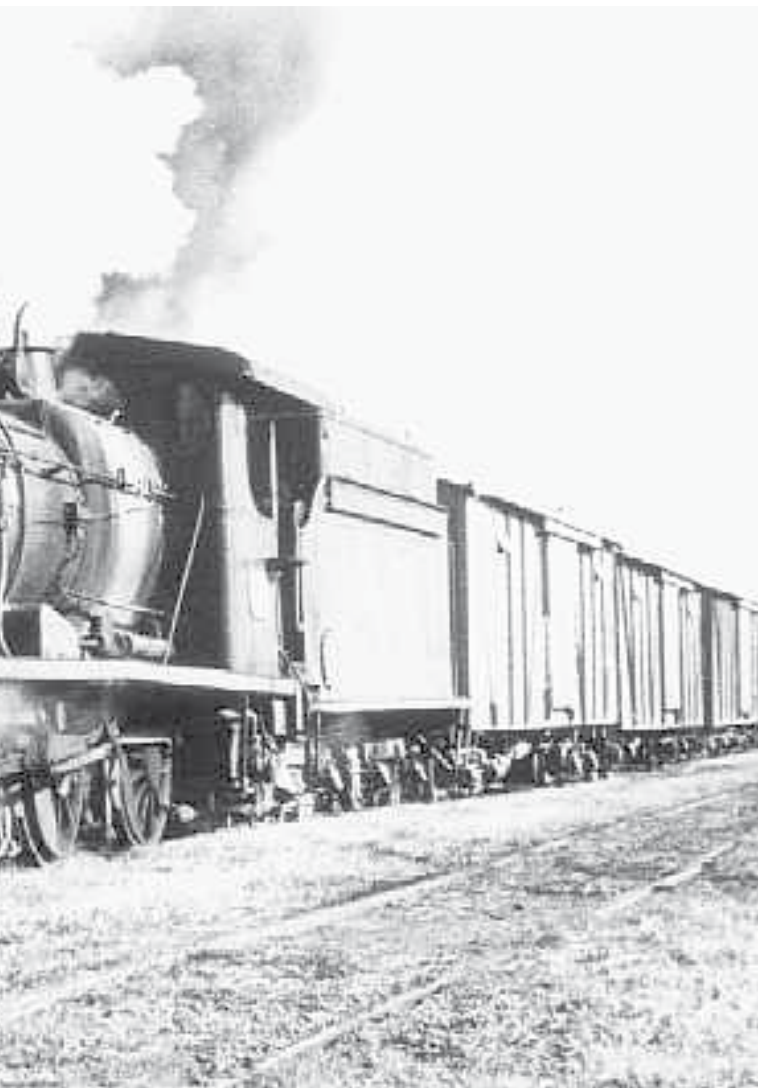
No he vuelto a pisar, desde hace muchos años, aquella lejana línea de mi vida: un raíl luminoso por el que pasó mi infancia subida en un tren de ilusiones y fantasías que, unos años después, lo mismo que la vía del ferrocarril, sería cercenada por el abandono gris de la inocencia y la lógica entrada en mi edad de madurez. Hablar del ferrocarril de la vía estrecha, por la que pasaba el viejo automotor que solía llevarnos a Peñarroya o Pozoblanco, es volver a instalarme en mi corazón de niño, o en la ebullición de mi adolescencia, y sentir junto a mí la tos de los mineros y el olor perfumado de las chicas de aquel tiempo que, en alguna ocasión, coincidieron en mi viaje encendiendo mis ojos de sueños no cumplidos e ilusiones baldías que ya no volverán. No es fácil hablar de aquel ferrocarril, de sus raíles escoltados por lentiscos, retamas y jarales, o mágicos roquedos, sin sentir que mi corazón asciende en vuelo hacia la estación feliz de Peñas Blancas (de la que he escrito, por cierto, tantas veces) o al punto del Lentiscar, junto a la casa de mi abuelo materno en la que antaño veraneé, cuando el mundo era para mí tan diminuto que casi cabía en la copa de un sombrero, el que usaba mi abuelo en sus paseos vespertinos donde, más de una vez, me llevaba de la mano, a no muchos metros de la hermosa vía del tren que portaba los sueños e ilusiones de una época de escasez y pobreza, de ternura y sencillez.

Aún recuerdo el paso del tren junto a la casa del Lentiscar con una nitidez que, de alguna manera, roza el puro asombro. Primero era un temblor de hierros sordos hiriendo la fértil y lánguida llanura; luego sonaba a lo lejos un silbo gris que ahuyentaba los pájaros, alondras y alcaudones, tórtolas, mirlos, gorriones y abubillas, despertando al ganado de su pálido letargo, hasta que el tren -flor de regaliz- iluminaba el perfil del horizonte y a mis ojos asomaba una emoción indescriptible, fusión de alegría y

perplejidad. Veía, desde la puerta de la casa, los rostros borrosos, desvaídos de la gente, enmarcados en el brillo de las ventanillas, y yo saludaba absorto, conmovido, siguiendo la marcha poética del tren, hasta que éste se hundía en el encinar encaminando su marcha hacia El Soldado. Cuando he vuelto a cruzar, camino de el Viñón, la antigua línea del tren por el fragmento que yo conocí en el Lentiscar de entonces, no he podido evitar un pellizco de nostalgia y he sentido muy dentro el silbido de una luz que arrastraba colores, imágenes y sonidos atados al rincón por el que se derramaban los raíles de un tren sobrio y campechano, que aún sigue cruzando, aunque sólo sea en los sueños, el celeste paisaje de mi biografía infantil.



La vida, que todo lo arrastra y difumina, acabó destrozando y llenando de maleza aquella mágica vía de posguerra que nos proyectaba hacia la modernidad y, tras ser arrancados y fragmentados sus raíles, y las sobrias traviesas que a estos sostenían, acabó abandonada en un olvido secular que, hasta hace no mucho, fue injusto, oscuro y cruel. Pero hay sitios y lugares, rincones emblemáticos, que no acabarán de desaparecer mientras permanezcan diáfanos, encofrados en las viejas estancias de nuestro corazón. Ahora, al saber que se ha remodelado un fragmento importante de la línea de aquel tren que iba de nuestro pueblo a otros rincones, como Peñarroya, Pozoblanco y Puertollano, reconozco que siento una sensación extraña en la que se fusionan al mismo tiempo la felicidad, la inocencia, la alegría, y una melancolía sutilísima que tira de mí, de mis sueños más lejanos, hacia un decorado íntimo de mi



alma que el paso del tiempo aún no ha destruido y, mientras yo viva, jamás derrumbará. No he pisado, es verdad, hasta cuando escribo esto, ese fragmento emotivo de vía verde que se ciñe al trazado que antaño conocí, cuando el tren era un mito que endulzaba los veranos y las primaveras de mi adolescencia dejando a su paso en las colmenas de mi espíritu, en mi interior más diáfano y sublime, una miel de recuerdos que nadie enturbiará ni amargaré por mucho que coincidan en los tiempos que corren la desolación y las faltas de fe y esperanza en un futuro más humano y más justo, poético y feliz.

Pienso, mientras doy forma a mis recuerdos con este puñado celeste de palabras, que aquellos que no conocieron por edad la emoción de aquel tren que nos dejó hace varias décadas (un día de verano del año 1970), cuando pisen por vez primera la vía verde, recién modelada por el Ayuntamiento -organismo al que ahora agradezco su labor- percibirán un grato bienestar y disfrutarán las delicias de un paisaje genuinamente atractivo como pocos; mas nunca podrán sentir como nosotros, aquellos que un día pisamos ese trazado a caballo entre el romanticismo y la inocencia, un pellizco de luz, un fognazo indescriptible que flameará un instante entre las sienas rejuveneciendo nuestro corazón. Prometo acercarme pronto a la vía verde, apenas encuentre una ocasión para ello, pues quiero experimentar dentro de mí esa sensación sutil, caleidoscópica, de rememorar los buenos días perdidos donde mi adolescencia, algunas tardes, se subía al resplandor de un tren que me llevaba a rincones insólitos, aunque familiares, dejando una huella, una muesca en mi memoria: donde aún permanecen incólumes los sueños, la inocencia adherida, como un cálido percebe, a la roca más firme de una indestructible edad que, al evocarla hoy, me hace feliz y me hace vivir un tiempo que se fue.

Alejandro López Andrada